le llevaron á la hipótesis de un alma, y la imposibilidad en el *yo* de suponerse no existente le trajo la creencia en la inmortalidad, no importa en qué forma. La hipótesis de una vida después de la muerte no es más que una muestra del instinto de conservación personal; á la manera que éste no es otra cosa que la conciencia de la uerza vital funcionando en cada célula de nuestro organismo. La fuerza de la vida es idéntica á la voluntad de vivir.

El que ha visto morir muchas personas sabe con qué docilidad se resigna el individuo á la idea de la muerte cuando siente su fuerza vital del todo consumida por los años ó por su dolencia, en tanto que tiene una pena extremada al aceptar la necesidad de su fin, si un golpe imprevisto viene á herirle en plena juventud, cuando confiaba en el porvenir. El suicidio no contradice más que en apariencia esto que acabo de expresar. Sin duda supone voluntades muy enérgicas que no pueden asimismo ser sino la prueba de una vitalidad igualmente enérgica; parece también que en este caso la fuerza para vivir es lo contrario de la voluntad de vivir. Pero ciertamente el suicidio cuando no es el resultado de un ofuscamiento momentáneo de la conciencia, es un acto irracional en defensa de la vida contra los peligros que la amenazan; el que se da la muerte, teme un daño físico ó moral y se horroriza de las dificultades de la existencia; no se cometería este acto extremo, si considerando friamente esas dificultades, comprendiéramos que aun poniendo las cosas en lo peor, no puede ocurrir más que perder la vida.

Todo suicidio tiene en sí algo de un hecho que frecuentemente se observa; es la accion del militar que se mata antes de la batalla, por hallarse dominado del miedo á los peligros; no se mata, pues, de ningún modo, sino al contrario, á causa de un deseo de vivir llevado hasta la pérdida total del raciocinio. El afirmar que la fuerza para vivir es idéntica á la voluntad de vida no tiene, pues, excepción, y esta voluntad no termina ni aun ante el hecho de la muerte. El organismo que experimenta en todas sus células el torbellino de los fenómenos vitales, es inaccesible á la idea de una cesación completa de este movimiento fecundo y delicioso. El individuo concibe su propia existencia como eterna, su propio fin como infinitamente lejano, aunque ¡cosa bien extraña! puede muy bien concebir la muerte de otro individuo. Una gran cultura nos permite sólo á fuerza de abstracción, de analogía y de tacto, llegar á una idea que haga posible á nuestro espíritu, ó más bien á nuestro sentimiento, la inteligencia de que desaparezca el propio sér individual, por la idea de una estrecha solidaridad del individuo con la especie; se consideran entonces las generaciones ulteriores como continuación inmediata y grados sucesivos de desenvolvimiento de generaciones que han precedido, y se encuentra en la duración de la humanidad un consuelo que algo indemniza de la caducidad propia.

Las causas que han obrado en el hombre primitivo continúan su acción hoy, de una parte bajo su forma primordial, de la otra en la esfera de lo inconsciente. El antropomorfismo sigue impuesto á todo espíritu que no vigila muy severamente el nacimiento y desarrollo de sus ideas; la facilidad con que nos revestimos de abstracciones por imágenes familiares, es causa de que cada uno de nosotros se represente lo inmaterial bajo la forma grosera de procedimientos orgánicos observados en la vida del animal ó de la planta.

En cuanto á la incapacidad de representarnos el término del *yo* de una manera clara, no es menor hoy que en no importa qué época. En la esfera de lo inconsciente la superstición primitiva continúa obrando, gracias á la ley de herencia. Este, dice el filósoto francés Th. Ribot, es para la especie lo que la memoria es para el indivíduo. En otras palabras: la herencia es la memoria de la especie. En cada ser particular continúan viviendo las ideas de los antepasados, bajo la forma de recuerdos en ocasiones obscuros, pero presentes siempre, y no necesitando más que un impulso exterior para surgir del todo esclarecidos, para inundar con sus rayos la vida del alma entera. La herencia es un yugo al cual no podemos sustraernos. De la misma manera que nos es imposible determinar según nuestro deseo la forma del propio rostro y cuerpo, somos impotentes para cambiar la fisonomía íntima de nuestro pensamiento. Esto explica los rasgos de superstición, ajenos á la voluntad, que sorprendemos frecuentemente con un doloroso asombro aun en los espíritus más claros, y los movimientos de sentimentalismo religioso á los cuales están sujetas en particular las almas poéticas, porque en ellas la herencia juega un importante papel. Este manantial de ideas suprasensibles no llegará á agotarse sino paulatinamente por medio del trabajo acumulado de numerosas generaciones; serán necesarios millares de siglos para que el hombre se halle inclinado desde su nacimiento á considerar los fenómenos del mundo y de la vida de una manera científica y conforme á la razón. Hoy nos encontramos desde la infancia dispuestos á mirarlos de un modo supersticioso é irracional, porque, no ya cien generaciones, sino quizás cien mil, han tenido antes de nosotros la costumbre de pensar defectuosamente.

A las causas principales que hemos enumerado vienen á unirse otras que tal vez por sí solas hubiesen sido insuficientes para despertar las ideas de un Dios y de un alma inmortal, pero que no por eso contribuyen menos poderosamente á mantenerlas. Uno de los motivos secundarios de la persistencia del sentimiento religioso, á despecho de la emancipación moderna, es la natural cobardía del hombre. Este, en efecto, no renuncia de buen grado á tan poderoso auxiliar, y no se allana fácilmente á verse colocado solo y sin ayuda en presencia de sí mismo, á poder recurrir únicamente á su propia fuerza sin contar con ningún aliado ó defensor invisible. Rara vez produce la humanidad un individuo que sostenido por el sentimiento de su valer y por la alta conciencia de sí mismo, esté dispuesto á considerar la vida como un combate en el que debe manejar vigorosa y hábilmente espada y escudo para salir vencedor en él, ó al menos, sano y salvo. Estos hombres excepcionales, que representan el tipo más valiente y acabado de nuestra especie, elévanse á jefes de partido, conquistadores, ó pastores de pueblos. Desprecian los caminos trillados y se trazan vías nuevas. No aceptan pacientemente el destino que las circunstancias les preparan; desean formarse uno particularísimo, aunque en él perezcan. Pero la inmensa mayoría de los hombres no tienen ni esta independencia ni esta audacia. Los individuos vulgares quieren sostener la lucha por la vida, no como un combate singular, sino como un empeño en masa, en cerrada línea de batalla; han de sentir compañeros de pelea á su lado y detrás de ellos, y á ser posible, delante. Necesitan oir gritos de mando y obrar bajo altas responsabilidades. Los hombres de esta especie se agarran á la fe como á un arma y á un consuelo. Les tranquiliza la idea de que en medio de las

tempestades más peligrosas de la existencia se encuentran bajo la protección particular de un Dios ó de un ángel custodio. De este modo el obrero más vulgar tiene la satisfacción de compartir el privilegio de Aquiles, á quien protegía constantemente en la guerra el escudo de Palas Atenea. ¡Y de qué sentimiento de valor no es uno capaz cuando posee la certeza de que en todas las situaciones de la vida está provisto de un arma poderosa: la oración! Con dificultad llegaremos á desesperarnos, teniendo la certidumbre de poder con una palabra, con una invocación, desviar cualquier infortunio.

Pongo un caso extremo. Un aeronauta cae de la barquilla de su globo desde la altura de algunos centenares de metros. Si es librepensador, sabe que está irremediablemente perdido, y que no hay poder capaz de impedir que su cuerpo se halle en tierra diez segundos después, destrozado y sangriento. ¿Es, por el contrario, creyente? conserva en el espacio que dura la caída, en tanto que no ha perdido el conocimiento, la esperanza de que una fuerza sobrenatural, que él puede hacer intervenir con la ayuda de una oración, suspenderá en su favor durante un minuto las leyes de la Naturaleza y le depositará dulcemente sano y salvo en tierra. Mientras la conciencia existe, se halla dominada por el instinto de conservación, obstinadamente ligado á su derecho de apelar de una irrevocable condena de muerte, á una posibilidad fabulosa de salvarse. El alma humana no tiene ningún bien más querido que las ilusiones; pero este bien no es más grandioso ni da mayor consuelo qne el de la fe y la oración. Los hombres vulgares en sus grandes aflicciones se dejan llevar por la superstición infantil, en tanto que no se hallan bastante penetrados del concepto científico del mundo, para considerar la muerte de un indivíduo, esto

es, su propia muerte, como un caso de muy poca importancia para la especie y para el universo; tanto, que la unión de la humanidad no será bastante extensa ni sólidamente organizada hasta que en las necesidades presentes cada individuo pueda recurrir con una absoluta confianza y de una manera instintiva á sus semejantes, y no á incomprensibles poderes sobrenaturales.

Otra causa secundaria de la persistencia de los sentimientos religiosos es la necesidad de un ideal que sea indeleble en el alma de cada hombre, aun del más grosero. ¿Cuál es este ideal? El tipo lejano tras el que la humanidad se desenvuelve y perfecciona, y no sólo el modelo de la forma corporal, sino también el de la vida del alma, de la manera de pensar, de la constitución de la sociedad. La tendencia á este idealismo, la aspiración hacia él, son innatas en todo hombre constituído normalmente, así en lo moral como en lo físico; este es un hecho orgánico en el que no es imprescindible la conciencia, y que hasta en el pensador más perspicaz y profundo ofrece un lado inconsciente.

Ya sabemos cómo se alza un terraplén de camino de hierro. Plántanse primero jalones de madera que marcan el perfil del terraplén; después los operarios amontonan la tierra hasta que la masa toma la altura y forma indicada por las paletas. Cada sér viviente posee en si una ley de formación y de desarrollo que tiene relativamente á él mismo igual importancia que las paletas fijas en tierra tienen en la elevación de un terraplén; nace en un marco invisible, pero en absoluto real, en éste crece y procura llenarlo. Cuando un organismo alcanza la forma que representa el punto extremo de su facultad de desenvolvimiento, ha obtenido la perfección y se ha idealizado á sí mismo. Habitualmente el individuo está

fuera de su tipo ideal; pero el aspirar á él es el principio misterioso de su conservación personal y de su crecimiento, es decir, de todos los hechos orgánicos que en él se realizan.

Cada especie tiene en sí, lo mismo que el individuo, su punto de desarrollo y todo lo que es necesario para alcanzarlo. Nace, se encuentra con órganos para llegar á una talla y una fuerza marcadas de antemano y para vivir un tiempo fijo; crece hasta cierta altura, declina en seguida, y desaparece, finalmente, dejando sitio á otra forma más elevada, á la cual ha servido de primer grado, ó mejor dicho, de ensayo ó bosquejo. La paleontología nos enseña á conocer toda una serie de especies animales que han vivido durante una época geológica determinada, aniquilándose después. Esto puede aplicarse también á la humanidad, que en su conjunto es una unidad zoológica gobernada por una ley vital única y ha nacido en período geológico marcado; que éste caiga hacia los comienzos del cuaternario, ó que se le deba colocar en la parte media ó reciente del terciario, importa poco á nuestra argumentación; el Hombre se extinguirá después de todas las analogías en una época indefinida. No podemos más que suponer las formas que le han precedido; las que le han de seguir se ocultan absolutamente á nuestra previsión. Pero en tanto que la Humanidad viva sobre la tierra, y no haya llegado al punto culminante de su desarrollo, se esforzará sin descanso en llenar el marco invisible que limita el progreso de su forma; y este anhelo hacia la perfección de su tipo, este engrandecimiento hasta la altura de su medida ideal, todos los hombres, salvo los idiotas, lo sienten y necesitan, aunque muchos de ellos de un modo harto débil.

En los hombres escogidos este sentimiento llega al estado consciente; en los otros se reduce al límite de una aspiración indeterminada y llena de presagios, que puede llamarse como se quiera, un vivo deseo de elevarse ó necesidad de ideales; bajo uno ú otro de estos nombres, no es más que un poderoso anhelo del hombre de salir del aislamiento individual y de conocer claramente el grado de unión con sus semejantes. El lazo que une á todos los individuos en una especie, hace también de la especie misma una unidad zoológica, un individuo de orden superior; dicho plazo se arrolla al corazón de todo hombre que lo considera como un medio de solidaridad. Pero esta ha de manifestarse. Cada uno de nosotros tiene horas en que experimenta la necesidad imperiosa de saber que forma parte de un gran todo, de persuadirse de que en su existencia individual obran la existencia de la especie y su poderosa fuerza de vida, que su desenvolvimiento aislado es la imágen microscópica del que en masa efectúa la Humanidad; en resumen, la conciencia que tenemos de que es idéntico nuestro organismo á otro superior y sublime, prospera; y no dejándole todavía prever ningún fin, da al hombre un consuelo de importancia suma para la limitación, la pobreza y la brevedad de su propia existencia.

El hombre ilustrado tiene mil medios de satisfacer esta necesidad sin salir de su gabinete de trabajo. El examen del desarrollo de la Humanidad á través de las edades, el estudio de los grandes pensadores y poetas de todos los tiempos, la concepción de la armonía del mundo tal como lo expone la ciencia; y si estos medios solitarios no le agradan, las relaciones sociales con otros espíritus también ilustrados; he aquí más de lo que necesita para poder salir en cualquier instante de su aislamiento y participar de la existencia general de la Humanidad.

Pero ¿cuál es el estado del hombre del pueblo? ¿Cuándo halla ocasión de sentirse hombre en medio de todos los demás? ¿Cuándo se le demuestra que tiene el derecho y el poder de elevarse sobre el animal que come, reproduce y muere? ¿Cuándo encuentra en su lucha por el pan cuotidiano y por la satisfacción de las necesidades más groseras, el momento de descender á sí mismo. de mirar encima de sí y de orientarse en la Humanidad y en la Naturaleza? Hasta hoy el hombre vulgar no ha conseguido sino por la religión ascender á una existencia más alta; el ideal no le ha sido accesible sino bajo la forma de la fe. El domingo significaba para él, no solamente reposo corporal, sino también dilatación de todas las flores del alma; la iglesia era su sala de fiesta, el sacerdote su intermediario para ponerse en relación con Dios y los santos. En el templo, veíase en un soberbio edificio que le pertenecía tanto como su miserable cabaña; en el culto divino, se encontraba asociado á un acto que no tenía por objeto directo su alimento, su vestido ó algún otro fin material. En medio de los demás creyentes, él era miembro ó título de una gran comunidad, y las relaciones que le unían á todos sus vecinos se afirmaban claramente á sus sentidos por los ejercicios del culto, las genuflexiones, los signos de la cruz que él hacía con ellos y al mismo tiempo que ellos. El sermón era la sola palabra humana elevada que hería su oído, despertándolo un poco de la pesadez habitual de su rudimentario pensamiento; ésta es una causa poderosa de su adhesión á la fe: y continuará subsistente; conservará su fuerza en tanto que la nueva civilizacion no compense al hombre del pueblo de las emociones y las satisfacciones modestas que siente hoy al considerarse hombre y hallarse afiliado á una religión consoladora.

Esta compensación le será ofrecida, lo es en parte desde ahora. La palabra del poeta y del pensador volverá superfluos los sermones; las salas de teatro, de concierto y de conferencias reemplazarán las bóvedas de los templos. Los gérmenes de las transformaciones futuras son ya visibles por doquiera. En los países que poseen libertad política, la multitud ignorante y miserable busca en las reuniones públicas, donde se habla de los intereses comunes del país, la distracción del domingo y el progreso hacia el logro de sus ideas. Allí donde existe sufragio universal, el individuo del pueblo en los días de votación siéntese verdaderamente hombre, con orgullo muy distinto que en los actos del culto, tales como la eucaristía, etc. En las numerosas Sociedades que organizan conferencias ó lecturas de obras poéticas, la masa popular escucha una palabra más humana y más comprensible que la de los sermones. Se puede solamente lamentar que estas Sociedades no ejerzan todavía su acción sobre las últimas clases del pueblo, que son las más necesitadas de esta benéfica influencia.

Quizá no esté lejano el dia en que se llegue á un grado de cultura por el cual los hombres satisfagan su necesario deseo de elevación y desenervamiento, de emociones en común y de solidaridad humana, no ya por medio de fantasías religiosas, sino de un modo racional. El teatro volvería á ser como en el tiempo de sus principios en Grecia, hace dos mil quinientos años: un lugar de culto para los hombres; no viéndose entonces reinar en él la obscenidad, las canciones triviales, la risa estúpida, la semidesnudez lasciva; pero sí, en cambio, mediante una bella personificación, las pasiones y la voluntad, el egoismo y el desprendimiento: todos los discursos tendrían por base la existencia solidaria de la Humanidad. A los

actos benéficos seguirán los del culto. ¡Qué de emociones nuevas ha de experimentar el hombre en estas fiestas del porvenir! La hermosura clara y limpia de la palabra del poeta debe llevarle sin trabajo más allá del misticismo del predicador. Las pasiones de un poema dramático, por lo humanas, cautivan un espíritu para el cual el simbolismo de una misa carece de sentido. Las explicaciones de un sabio al exponer los fenómenos de la Naturaleza, los discursos de un hombre político tratando los asuntos del día, provocan en el auditorio un interés incomparablemente más vivo y más directo que la charlatanería ampulosa de un predicador que cuenta mitos ó define los dogmas. La adopción de huérfanos por la sociedad, el reparto de trajes y otros presentes á los niños pobres, los públicos testimonios de aprecio concedidos á ciudadanos beneméritos en presencia de la población con acompañamiento de canto y música, en ceremonias dignas é imponentes; todo esto da mejor idea que las funciones religiosas, á aquel que en ellas toma parte, del verdadero sentimiento de los deberes que los hombres tienen entre sí, y de su unión por un lazo de solidaridad.

Así es como yo me represento la futura civilización; así es también como un día, en mi concepto, el hombre más ínfimo verá su propia vida ligada á la vida común. En las fiestas poéticas, del arte, del pensamiento, ensanchará su estrecho horizonte individual hasta el vasto de la existencia de la especie; llegando sin duda á penetrarse de los ideales de la Humanidad para su más completo desarrollo. Pero hasta que se realice este cuadro del porvenir, la mayoría buscará sus placeres del alma en la religión, ó mejor dicho, en sus manifestaciones exteriores, en las bóvedas de la iglesia, en las vestiduras solemnes del sacerdote, en los sonidos del órgano, cánticos y actos místicos del culto.

III

Las explicaciones que preceden no dejan subsistir el error. La necesidad que tienen los hombres de elevados excitantes intelectuales de un ideal, de un consuelo siempre pronto, y asimismo de una protección, si bien quimérica, tan potente como misteriosa, en todos sus apuros, esta necesidad no es fingida ni ilusoria, sino real é indeleble. Hemos visto cómo por razones históricas, fisiológicas y psicológicas el hombre debe procurar naturalmente su satisfacción en la creencia tradicional, en Dios, en el alma y en la inmortalidad. Al adherirse á estas ideas no hay en la mayor parte de los hombres mentira ni ilusión voluntaria ó involuntaria; hay sí una debilidad sincera, un achaque de buena fe, una costumbre que no puede renunciar, un sentimiento poético que se sustrae piadosamente al análisis razonable. Yo entiendo por mentira religiosa el respeto que hombres á la altura de la civilización de hoy otorgan á las religiones positivas, á sus artículos de fé, á lo instituído por ellas, á sus ceremonias, símbolos y sacerdotes.

Este respeto, vuelvo á decir, es una mentira y una hipocresía cuya enormidad no cubre el rostro de perpetua vergüenza, por la sola razón de hacerse la mayor parte de las cosas sin reflexionarlas, sin darse cuenta de lo que significan. Por pura rutina se va á la iglesia, se saluda al sacerdote, se trata con respeto la Biblia; maquinalmente tiénese un semblante recogido y devoto al tomar parte en los actos del culto, cuidando bien de no decir muy claro qué traición indigna se comete por es-